Balance de la jornada electoral

SEMINARIO MÉXICO

Las lecciones de la elección

Gustavo López Montiel (Tecnológico de Monterrey)

Existen dos aspectos relevantes en las elecciones del 2 de julio pasado que deben ser analizados. Por un lado, la elección del Congreso y por el otro las lecciones que dejan a los partidos "grandes" las alianzas que realizan con partidos "pequeños" para lograr más votos a una masa electoral que permita ubicar más espacios.

La mayor parte de la atención se centró en la elección del presidente, en buena medida porque tenemos un régimen presidencial y por la gran influencia que dicha imagen parece tener en la mayor parte de las decisiones. Digo "parece" porque en los últimos años esa influencia ha sido ampliamente apabullada por las figuras tanto del Legislativo como del Judicial, poderes que han acumulado capacidades en buena medida a costa del Ejecutivo, al mismo tiempo que se han comenzado a ejercer las atribuciones que legalmente corresponden a cada poder. Por ello, la excesiva atención dada a los candidatos a la presidencia contrastó con la casi nula cobertura a las campañas de los candidatos al Senado y la Cámara de Diputados. En realidad, en la mayor parte de los estados de la República los aspirantes a algún cargo legislativo hicieron campañas que aseguraron votos para su causa, independientemente del candidato presidencial por el que los electores votarían.

La integración inicial del Congreso dada a conocer extraoficialmente por los medios de información, a partir de los datos dados por el conteo de los distritos electorales del IFE, asigna al PAN la mayoría en ambas cámaras pues con 33% de la votación tendrá entre 41 y 42% de la representación. Mientras que la coalición del PRD-PT-Convergencia estará en segundo lugar con 29% de la votación y tendrá entre 32 y 36% de la representación. En este caso, el porcentaje de representación se reducirá para el PRD puesto que el PT y Convergencia se agruparán como fracciones parlamentarias independientes con un mayor número de legisladores que en la actualidad, lo mismo pasará en el caso de la alianza PRI-PVEM. Estos datos son importantes puesto que las diferencias en la representación se explican por nuestro sistema electoral.

Por un lado, el PAN se ubicará como una fuerza más sólida de lo que se cree a primera vista. Al desvanecerse los porcentajes del PRD y el PRI por la desintegración de las coaliciones, habrá diversas posibilidades de alianzas entre distintas fuerzas políticas que darán al Congreso la capacidad de generar condiciones de negociación interna, dependiendo de los temas que se discutan en la próxima legislatura. Por el otro, un tema de discusión futura es sobre ese sistema electoral paralelo que nos genera división en el Congreso, sin que se pueda construir una mayoría estable que no dependa de los temas, sino de la votación del partido mayoritario.

En segundo lugar, el tema de los partidos "pequeños", "medianos" y "grandes" debe ser analizado. Las posibilidades de coalición que los partidos pueden hacer tienen efectos en el tipo de sistema de partidos y la gobernabilidad que se está generando. En realidad no sabemos si el PT y Convergencia habrían tenido el mismo desempeño de no haber llevado a López Obrador de candidato o si el Partido Verde habría conservado el registro sin el PRI. Más aún, sin saber cuál es su votación real no podremos saber si su representación en el Congreso es real o está inflada por la presencia de los candidatos presidenciales. En el caso de la Coalición por el Bien de Todos, el PRD deberá ceder 6% de la votación al PT y 5.5 a Convergencia, para quedar con 17.49%. En el caso de la Alianza por México, se restará al 28.21% obtenido 6.6 para el PVEM, por lo que el PRI tendrá 21.61% real. Esto es fundamental porque sus prerrogativas se calcularán con base en estos porcentajes. Si los partidos no están obligados a mantener sus coaliciones en el gobierno, ¿para qué seguirlas permitiendo? Más aún, si hay que mantenerlas, habría que obligar a la extensión de la coalición en el Congreso.

Hacia una nueva era electoral en México

Carlos Sirvent (Facultad de Ciencias Política, UNAM)

Las pasadas elecciones son la muestra de que estamos llegando al final de un periodo de inestabilidad del

voto y al inicio de una nueva y seguramente larga era electoral cuyos rasgos esenciales serán un nuevo realineamiento del voto y contiendas con baja volatilidad.

De manera nada sorpresiva, adelantada por los principales sondeos de opinión, el voto se dividió en tres partes principales. La primera, encabezada por el PAN que obtuvo poco más de la tercera parte de la votación nacional para presidente de la República, así como el mayor número de los asientos en la Cámara de Diputados y en la de Senadores; la segunda compuesta por la coalición de tres partidos encabezados por el PRD que logró por primera vez en su corta historia iniciada en 1989, convertirse en la segunda fuerza del país duplicando su votación y con un significativo número de representantes en la Cámara de Diputados. Finalmente, el tercer lugar fue ocupado por la coalición entre el PVEM y el PRI, que por primera vez en su larga historia se colocó muy por debajo de sus adversarios al haber obtenido alrededor de 22% de la votación presidencial y colocarse en tercer lugar en la Cámara de Diputados.

Un primer hecho que no debemos ignorar es que tales resultados reflejan una alta volatilidad del voto, que se venía manifestando desde las elecciones presidenciales de 1988 pero que alcanzó su expresión insólita en estas elecciones; la inestabilidad de las preferencias electorales es lo que explica que, por ejemplo, un partido como el PRD duplicara su votación en seis años, en tanto que el PAN mantuviera con una baja poco significativa sus preferencias con las que ganó en el año 2000 y el PRI cayera a un tercer lugar perdiendo millones de votos que sus adherentes consideraban "duros".

La alta volatilidad no es un hecho común en las democracias consideradas consolidadas; al contrario, los resultados electorales en dichas democracias reflejan un voto altamente estable para cada una de las fuerzas partidistas y una franja ciudadana volátil que define el triunfo o la derrota en cada contienda. Lo que es relevante es que los partidos se mantienen sin mayores sobresaltos y con un grado estable de competitividad. Sólo coyunturalmente, y por razones vinculadas al reacomodo de las fuerzas sociales, los países viven elecciones con alta volatilidad, lo cual tiende a estabilizarse en el tiempo y proporciona gobernabilidad democrática.

En México hemos estado inmersos en un largo proceso de realineamiento e inestabilidad iniciada al menos en el año de 1988 y que ahora podría estar llegando a su fin.

Por primera vez vemos a un PAN que juega solo y que logra, gracias a la estructura de poder que ha generado a lo largo del país obtener nuevamente el triunfo presidencial y ampliarlo con una mayor presencia en el Congreso. Estamos ante un partido que está construyendo un electorado estable, beneficiándose cada día menos del voto útil, que, además logró atraer, por la simple expectativa de triunfo, el apoyo de los gobernadores llamados priistas, que en el pasado eran el soporte o estructura regional del PRI.

El PRD por su parte logra un crecimiento que es producto de haberse definido como movimiento alrededor de un liderazgo fuerte y, por lo tanto, inestable. Al igual que en las elecciones de 1988 que fueron encabezadas por Cuauhtémoc Cárdenas, ahora el elemento cohesionador, más allá de la estructura partidista, es el candidato, lo cual no garantiza continuidad ni permanencia del voto obtenido.

El PRI ha perdido su electorado y su estructura en condiciones inéditas, cuyo dato sobresaliente es la fuga abierta de cuadros y, lo que es más relevante, el uso de la propia estructura priista local en contra del PRI. Es un partido en verdadera bancarrota, que además perdió buena parte de sus organizaciones sindicales, carece de prestigio entre el electorado y posee escasos liderazgos jóvenes.

En este escenario, es posible prever para los próximos años un PAN crecientemente estructurado, articulado y representando los principales intereses organizados del país; un partido que tiene frente a sí al PRD en construcción y al PRI en crisis.

En tal escenario, la clave de la gobernabilidad se localiza en el PAN y el gobierno panista, con adversarios inestables que competirán, uno por consolidarse y otro por reconstruirse.

La pregunta es la siguiente: ¿qué adversarios y cuántos quiere el nuevo gobierno?

Puede impulsar desde el Ejecutivo, y en alianza con algunas fracciones parlamentarias, reformas electorales que tiendan al bipartidismo, como por ejemplo la reducción del Congreso eliminando o reduciendo la representación proporcional; puede, también, reconstruir al interlocutor que desee, usando al PRI como partido-visagra o acordando con el PRD un gobierno compartido.

Estamos frente a una coyuntura en la que es posible que, finalmente, se defina un ambiente de alternancia y democracia con actores estables que dejen de estar en riesgo de perderlo todo en cada jornada electoral. Estamos a las puertas de una nueva era con electorado estable. Su éxito depende, en buena parte, de la visión que alcance el nuevo gobierno panista.

Una responsabilidad histórica

Víctor Alarcón Olguín (UAM-Iztapalapa)

La jornada electoral arrojó una importante cantidad de inconsistencias y descuidos operativos, mismos que empañan en su conjunto el proceso electoral. Por ejemplo, cabe constatar la mala comunicación social del IFE, quien terminó por ser avasallado por la desconfianza y las condiciones mediáticas. Su actuación postrera para defenderse de los ataques lanzados en torno a las jornadas de cómputo de la votación hizo que se incrementara la noción de que el resultado fue "construido" o al menos "manipulado" para tratar de favorecer a un candidato, en lugar de reducirla.

Por otra parte, resulta sorprendente darse cuenta que los partidos de "oposición" no fueran capaces (en particular el PRD) de haber cubierto con representantes de casillas la totalidad del universo electoral. En un sistema donde buena parte de la documentación se sigue realizando a mano y en que se requiere la presencia de dichos ciudadanos para avalar el proceso, resulta paradójico que en una elección de semejantes características el partido considerado puntero hasta ese momento aflojara en un momento tan central del proceso.

La decisión ha tenido que pasar al TEPJF en condiciones muy difíciles, dado que debe asumirse que los magistrados tendrán que moverse en un contexto de interpretación sobre hasta dónde les corresponde aplicar o no elementos para atender el acto o actos demandados. Primeramente deberán considerar la petición de contar voto por voto las casillas que fueron expresamente impugnadas, y si no hay modificación del resultado producto de dicho recuento, definir que hubo suficientes irregularidades acumuladas en el proceso para declarar entonces la invalidez de la elección.

El TEPJF se encuentra entonces ante dos rutas: a) apegarse de manera muy literal a lo que la ley le marca y no intentar nuevos criterios de interpretación para estirar su ámbito de competencia (como por ejemplo, ir a la necesidad del conteo voto por voto para asegurarse de la certeza e imparcialidad con que se obtuvo el resultado); y b) asumir un ejercicio inédito de generar una presencia pública y política en donde tomara acciones o criterios de interpretación que implicaran irse, en su caso, hasta el máximo plazo permitido para completar dicha calificación presidencial (6 de septiembre) en el ánimo de proceder a un examen muy pormenorizado de la paquetería electoral impugnada. De ser así, los magistrados tendrán la enorme responsabilidad de generar un esquema de comunicación social y negociación política que les permita dotarse del espacio necesario para resistir a las presiones mediáticas, sin por ello dejar de explicar en todo momento a la propia sociedad su papel, las etapas y las razones que puedan orientar las decisiones a las que finalmente deberán llegar en sus votaciones internas para ofrecer un resultado concluyente y convincente en torno a la elección.

México ha experimentado por la vía difícil el aprendizaje de las reglas básicas de un sistema electoral que pueda producir gobiernos plurales y democráticos. No hay necesidad de complicarlo. Las semejanzas que se han querido establecer en términos de valorar las inconsistencias de este proceso como un regreso a 1988 pueden ser exageradas para muchos, pero lamentablemente tampoco hay demasiados argumentos que permitan desechar tan rápido dicha analogía. Sin embargo, la responsabilidad de llevar a buen recaudo esta elección debe permitirnos alejar los fantasmas de 1876 o 1910, cuando bajo el sólido argumento de "sufragio efectivo, no reelección" el desconocimiento de los resultados de entonces abrieron la pauta a la razón de la fuerza, misma que nos hizo prescindir de los partidos y las libertades públicas durante buena parte de los siglos XIX y XX. Por ello, el TEPJF tendrá la oportunidad histórica de colocar la piedra angular de la democracia con autonomía, imparcialidad y transparencia. Si los votos son los que son, no debe haber temor a que se cuenten, para así eliminar de tajo, las cantaletas de siempre en torno a las llamadas "elecciones de Estado".

Una jornada histórica

Emilio Rabasa Gamboa **(***Tecnológico de Monterrey, campus Ciudad de México)*

La jornada electoral del pasado 2 de julio resultó histórica por inédita. Durante el tiempo equivalente a la edad de un joven de aproximadamente 30 años, el sistema político mexicano experimentó un tránsito dramático de elecciones con resultados preconsabidos por predeterminados, casi al estilo de la ex URSS, pasando por elecciones competidas pero con amplios diferenciales de porcentaje de votos entre el primero y el segundo lugar (Zedillo gana a Cárdenas y Diego Fernandez de Cevallos en proporción de 2 a 1 en 1994, y Fox con seis puntos de diferencia a Labastida en 2000) hasta elecciones tan competidas como las recientes, en las que el primer lugar (Calderón) obtiene 0.56%, alrededor de 250 mil

votos arriba del segundo (AMLO), en un universo de 42 millones de electores, correspondiente a 60% del listado nominal. Estas cifras indican claramente una evolución en la conformación de las preferencias electorales de los mexicanos, con tendencia hacia el bipartidismo, ya que el tercer lugar apenas captó 22% de la votación, lo que representa un severo desplome del PRI, no sólo en la elección presidencial al pasar del primero al segundo y ahora hasta el tercer lugar, sino también en ambas Cámaras del Congreso de la Unión.

Todavía es prematuro aventurar alguna hipótesis explicativa de este enorme cambio en el comportamiento del electorado mexicano en menos de una generación, sin embargo algunos factores aparecen como variables independientes significativas a tomarse en cuenta en un análisis posterior, más detallado y profundo. Destacan entre ellas el pobre desempeño de la administración del presidente Fox, que estuvo muy lejos de las expectativas generadas por "el gobierno del cambio", sobre todo en cuanto a la consolidación democrática. El capítulo de la posible postulación de su señora esposa, sin mérito alguno siquiera para pensarlo, no sólo representó una desviación tragicómica de esa ruta, sino una reversión a la continuidad del proceso democratizador en el que ha estado empantanado el país desde hace casi seis años. Fue éste un factor importante para la polarización social, desde el momento en que pierde presencia y respetabilidad el eje de un sistema político que no acaba de ser bastante presidencialista.

Otro factor determinante fue el desplome del PRI, incluso antes de la elección, en la percepción misma del electorado, y la única causa se llama Roberto Madrazo. Su obstinación por la candidatura presidencial fue tan grande que no dudó un segundo en sacrificar a su partido frente a su postulación, y, en efecto, lo logró con creces. Este resultado es directamente proporcional a la incapacidad política del grupo dirigente del tricolor (los gobernadores, coordinadores parlamentarios y líderes gremiales) no sólo para contener a una candidatura a todas luces impopular y anticarismática, sino incluso moralmente reprobada. Tan sólo cabe recordar la forma y términos como logró postularse. Y por simple aritmética, ahí donde siempre habían sido tres y se desploma uno, pues el espacio queda para dos.

Los dos factores anteriores explicarían en sí un tercero: el surgimiento vertiginoso de la opción AMLO, en menos de un sexenio, como un factor con una clarísima tendencia hacia el bipartidismo ideológico, socioeconómico y hasta geográfico: izquierda-derecha, ricos y pobres, norte y sur.

Superado ya, con la elección de Fox hace seis años, el problema de la alternancia política por la vía de las urnas, para el que incluso unieron esfuerzos de diversas formas el PAN y el PRD desde la versión Cárdenas-Maquío, en esta elección fue la bipolaridad extrema el tema a dilucidar. Decidir entre dos extremos representados por el PAN y el PRD fue finalmente la oferta política que se presentó al electorado, y esto partió a México en dos. Por eso el reto mayor del nuevo gobierno es reunirlo sobre nuevas bases políticas mediante un gobierno de unidad, que al mismo tiempo garantice la gobernabilidad democrática.